

ESCENAS DE LA GUERRA.

EL REPARTO DE UN IMPERIO

El Gran Señor de la Horda caminaba nervioso alrededor de la mesa central donde habían desplegados mapas, revistas de elfas y dibujos caricaturescos del emperador Servidor. Se paró observando unos cuantos de estos dibujos, los arrugó y los arrojó a un rincón de la estancia donde varios lobos de batalla comían despojos de carne. El salón de mapas o la sala de guerras como la llamaban algunos, no era una estancia demasiado amplia, pero con toda seguridad era la más visitada. Además de una amplia mesa central en un rincón se había dispuesto un pequeño mueble con varios barriles de grog abiertos y platos de carne variada del que los generales picaban de cuando en cuando. No había sillas en la estancia, se esperaba que los que asistieran a la sala de mapas lo hicieran para trabajar no para holgazanear. Aún así todo el ambiente era un verdadero caos, donde los generales y sus asistentes caminaban de un lado a otro esquivando armas y armaduras que se encontraban desperdigadas por el suelo.

—¿Entonces es o no es?.

—Sin duda alguna no lo es, Gran Amo. Por lo poco que queda creo reconocer al Duque Pervertius Culoancho, un primo del Emperador Servidor. Según los rumores de palacio se trata... perdón se trataba, de un peligroso sicópata que tenía aterrorizada la sección masculina de la corte. El Emperador Servidor lo consentía porque se divertía mucho con sus ocurrencias, al borde de la diversión unas veces, al borde de la locura las más.

Quien hablaba era Tekeli, antiguo embajador destacado en la capital del Imperio Servidor. En la práctica era el único que había visto en persona al Emperador Servidor y el único capaz de reconocer quien era el pútrido cadáver que era devorado en un rincón de la sala de guerra.

El Gran Señor de la Horda dio un fuerte golpe sobre la mesa de mapas y la partió por la mitad, de una patada arrojó los restos a un rincón. Hizo una señal a unos goblins junto a la puerta.

Los goblins trajeron una nueva mesa y desplegaron sobre ella un mapa inmenso. Era un mapa de Vor-Lîndporand perfectamente detallado, aunque los nombres de las ciudades servidoras habían sido borrados y escritos nuevamente. Sobre el mapa fueron colocando pequeños objetos que simbolizaban tropas, fortalezas, ciudades enemigas y fronteras móviles. El Gran Señor de la Horda extrajo su puñal y señaló con él una zona del mapa.

—El grueso de nuestras tropas se encuentra aquí, en Barad-Lîm. Aquí en Tâlum se encuentran los Skûthrugrâi. Barad-Lîm se encuentra perfectamente fortificada y la guarnición ha sido reforzada, desde aquí controlamos el Plâk-Kuga y al otro lado la flota guarda la desembocadura del río. —Se frotó la barbilla con la punta de la daga y continuó—. Nuestros refuerzos se encuentran ahora mismo a un día de distancia en Vâdôk-Zlukêbnik. Además tenemos tropas en movimiento aquí, aquí y aquí —dijo señalando alternativamente tres puntos concretos del mapa—. Lo que tratamos ahora

de decidir son nuestros próximos movimientos, debemos maniobrar con la suficiente rapidez para posicionar nuestras tropas en los lugares adecuados para concluir los objetivos con los que se inició esta campaña de castigo.

Todos los presentes se posicionaron alrededor del mapa. Y miraron atentamente la situación actual. Tor-Wuaki los dejó discutiendo entre ellos movimientos y posiciones de tropas y se dirigió a la habitación continua donde se encontraba la sala de audiencias. La sala de audiencias era el habitáculo más amplio de todo el palacio y había sido construido para acoger a la corte en recepciones de protocolo, también se utilizaría como salón de justicia donde el Gran Orco impartiría la Ley a la Horda. En esos momentos habían varios Orcos en la estancia, el mago y sus acólitos, un humano con cara de estreñido y varios asistentes goblins que arrastraban a un enano encadenado. El Gran Orco ocupó su lugar a un lado de la mesa mientras el mago iba desplegando ante él varios pergaminos de piel humana curtidas. Los goblins arrastraron al enano hasta un pequeño recipiente de dos palmos de altura le sujetaron la cabeza y lo degollaron dejando que la sangre goteara sobre el recipiente de piedra.

—Este es el tratado con la Skûthugraî por el que se le cede la ciudad de Dylath-Leen y los territorios que corresponden a esta tribu. —Colocó un pergamino ante el Orco—.

Tor-Wuaki sumergió su garra izquierda en el recipiente de piedra y estampó la palma sobre el pergamino dejando la huella de sangre a modo de firma. Le entregó el manuscrito a un aprendiz de mago que se había acercado y le dijo:

—Dale mis saludos a gran Fuzkazam, Señor de la Horda de Skûthugraî. —El mago inclinó la cabeza a modo de saludo, recogió el pergamino que le entregaban y tras enrollarlo abandonó la estancia en dirección a la Torre de Prelund donde su amo llevaba varios ciclos encerrado y dedicado al estudio arcano.

El mago colocó otro pergamino ante el Orco. —La cesión de tierras a la tribu de los Olog-Khûsh—.

El Gran Orco estampó su firma sobre el documento y él mismo lo enrolló y se lo guardó en su cinturón. Le entregaría el tratado a Sulwine el Señor de la Horda de los Olog-Khûsh en la sala de mapas donde ahora mismo se encontraba reunido con el resto de generales.

—El tratado de vasallaje de la tribu de Ho-Chi-Chin. —Continuó el mago colocando otro manuscrito ante el Gran Señor de la Horda, y susurró a su oído—. Este no es de piel humana para no ofender al Duque, he ordenado que lo hagan en piel curtida de enano, de la que empleamos para hacer sillas de montar. Es más dura, pero servirá.

Tor-Wuaki no dijo nada, se limitó a estampar la palma sobre la piel curtida y tras doblar el pergamino se lo entregó a Zlutî-Cho, el Duque de la tribu humana que había accedido a ser vasalla de la Gran Horda a cambio de tierras. La Horda le había asignado la recientemente conquistada ciudad de Talûm y las tierras de alrededor. El clima de las motañas hacía daño a los Orcos, pero los humanos habían asegurado que esta zona les recordaba sus tierras natales.

Terminada la firma de edictos, Tor-Wuaki procedió a la entrega de condecoraciones a los miembros más destacados de la Horda. Un goblin puso ante él una enorme bandeja de oro, producto del saqueo de Gargacia, repleta de pequeñas insignias labradas en hueso de enano. Tomó varias al azar y se las prendió de su armadura. —Estas para mí que soy el Gran Señor de la Horda—. El resto las fue colocando una a una a los Orcos que se iban presentando ante él. El Gran Orco no era muy consciente de a quien y porqué se les estaba condecorando, pero era norma de la Horda premiar a los más valientes entre los valientes. El último fue el propio Gruntz que se enfundó las tres últimas insignias que quedaban sobre la bandeja.

Finalizada la ceremonia los guerreros regresaron a la sala de mapas donde continuaron discutiendo la estrategia más conveniente, mientras los goblins retiraban los restos del enano degollado. Los mensajeros y los orcos galardonados abandonaron la estancia, unos rápidamente camino a sus destinos y los otros lentamente camino a los tugurios donde celebrarían las medallas recibidas.

TALUM, la antigua Futuro Incierto

—Hace un tiempo de perros.

—Si con eso quieres decir que no hay quien aguante el frío, te doy toda la razón.

—Y nos queda mucho para dejar estas tierras inhóspitas?.

—Dice el Kritar que algunos de nosotros nos quedaremos aquí de guarnición todo el invierno.

—Mierda, eso sí que son malas noticias. Cuando nos releven creo que torturaré un rato a mi esclavo, alguien tiene que pagar mi enfado.

Los dos vigilantes continuaron su cháchara a lo largo de la noche, una noche apacible y fresca que tenía a los Orcos revolucionados. No se acostumbraban a este clima de colinas suaves y boscosas, a lo lejos se observaban las altas estribaciones del Valaumshâm Targat con sus cumbres nevadas habitadas por extrañas y peligrosas criaturas. Hacía tres días que habían tomado la última ciudad del extinto Imperio Servidor, había sido un paseo como toda la conquista y los pocos defensores arrojaron sus armas y huyeron como ratas en cuanto vieron avanzar hacia ellos a la Horda. Tras el saqueo inicial y las ejecuciones de rigor la avanzadilla había comenzado a aburrirse, Futuro Incierto resultó ser un pueblucho lejano, con unas pocas viviendas y ningún interés, y al tercer día los Orcos ya reclamaban más guerras.

El día amaneció con una suave llovizna, los Orcos andaban de aquí para allá enfurruñados y disgustados ya que no se adaptaban al clima cambiante de las colinas norteñas. Tras los primeros días de confusión y saqueos la vida había recobrado su tranquilidad en la ciudad de Talûm. A los conquistadores el nombre de Futuro Incierto le parecía agorero, así con la nueva era de la dominación Orca la ciudad fue bautizada como Talûm: mantequilla, ya que Daôn tras los primeros escarceos y la rendición de los pocos defensores había dicho que la ciudad era blanda como la mantequilla y así se

quedó. Después de varios días las cosas se calmaron en la ciudad, el pequeño comercio se restableció, varios garitos que llevaban mucho tiempo cerrados bajo la intransigencia del gobierno Servidor fueron nuevamente abiertos y ahora eran el centro de la vida social. Se abrieron varios centros de culto al Dios Orco y se dieron palizas selectivas a los sacerdotes de otras religiones. Se cerró el centro cívico y social y los talleres de rehabilitación de ludópatas y politoxicómanos se convirtieron en calabozos, si bien sus inquilinos seguían siendo los mismos de antes: la élite social y política de los Servidores. La población terminó finalmente por aceptar la nueva situación y comenzaron a preocuparse de prosperar bajo los nuevos gobernantes; incluso los campesinos de las aldeas cercanas comenzaron a acercarse a la ciudad para vender sus excedentes, la gran mayoría no sabía siquiera del cambio de gobierno y al resto le era indiferente.

Pero una mañana llegó un buitre a la ciudad con noticias de la capital al otro lado del continente y por la tarde todo el ejército Orco que se encontraba en Talûm había formado ante la choza del gobernador Daôn perfectamente pertrechados para la guerra.

—El Gran Señor de la Horda nos convoca. Mañana al alba avanzaremos hacia el sur y tomaremos posiciones. ¿Oís el fragor de la batalla?, ¿sentís cómo crujen los huesos de nuestros enemigos?, ¿notáis el sabor de su sangre?. Demos nuestro tributo a los dioses, SANGRE Y GROG!!!.

Varios miles de gargantas rugieron al unísono: SANGRE Y GROG, SANGRE Y GROG. Y la Tribu de los Skûthrugraî inició su avance imparable hacia las estepas del sur.

LOS CORNUDOS

En el campamento la moral de las tropas no se encontraba en sus mejores momentos. Hacía ya dos ciclos que la orgullosa capital de los minotauros del reino de Drakonnia había sido conquistada y arrasada por una coalición de Engendros y Servidores. Ellos habían confiado en el grosor de sus muros para hacer frente a sus enemigos, pero no habían contado con el poder mágico que podían desplegar los Servidores. Eran los restos de un antiguo Reino que se remontaba muchas Eras y ahora se encontraban huyendo por territorios totalmente desconocidos. Formaban parte de un comando que había salido a escondidas de Drakon hacia el Este con la orden de tomar por sorpresa la ciudad Engendra de Amenos, cuya guarnición había sido evacuada. Amenos resultó ser poco más que un estercolero putrefacto que abandonaron en cuanto demolieron las pocas construcciones dignas de ser llamadas edificios. Sin embargo al abandonar la infecta ciudad se toparon con varias patrullas engendras que les seguían el rastro y hubieron de huir a través de los bosques de Yultian hasta unas ruinas ennegrecidas que resultó ser la antigua capital engendra arrasada por los nómadas humanos hacía ya muchos ciclos. Ahora se encontraban acampados entre los muros derruidos rezando a los dioses para que los engendros no los encontraran y discutiendo entre ellos.

Un poderoso Héroe venido desde el lejano reino de Minosia decía que el camino correcto era el Oeste, mientras que otros decían que debían huir hacia el norte. Y todos estaban de acuerdo que el Sur era el camino menos recomendable pues las patrullas Servidoras y Engendras recorrían el territorio con total impunidad. Lo cierto es que nadie tenía la certeza de a donde dirigirse, y muy pocos tenían la esperanza de sobrevivir a esta huida hacia la nada. Ya todos rumiaban la derrota cuando entre la bruma apareció una extraña figura, más bien bajo en comparación con los fornidos minotauros caminaba inclinándose a un lado como si arrastrara una de sus piernas, pero aún así su silueta se recortaba entre las últimas luces del ocaso ancha de espaldas. Los minotauros asieron sus armas con desesperanza preparados para su último combate, cuando de repente la extraña figura les habló:

—He venido aquí, en estos momentos de desaliento a traeros la esperanza a los corazones. Uníos a nosotros y podréis cobraros la venganza sobre vuestros enemigos y la victoria ante aquellos que osaron expulsaros de vuestro reino ancestral. Os lo debéis a vuestros antepasados, a todos los que murieron en Drakon defendiéndola de las Hordas Servidoras y Engendras, y sobre todo a vuestro Rey Sigfrido cuyo cuerpo ultrajado cuelga de las murallas de vuestra antigua capital como muestra de la infame derrota que sufristeis.

Ante la sorpresa sólo uno fue capaz de formular una pregunta —¿Quien eres tú que así nos habla?, ¿como has podido dar con nosotros?—

—Soy Ozkoumat explorador de la Gran Horda de los Orcos, pero me llaman el cojo —avanzó renqueando hacia la hoguera y su rostro se mostró a los minotauros—. Y he dado con vosotros gracias al don que me han otorgado los dioses. Me envía el Gran Señor de la Horda para haceros esta propuesta: uníos a nosotros y juntos caminaremos la senda de la victoria. Tras el Orco venían cinco extrañas monturas que semejaban a búfalos pero cubiertos de una extraña pelambre de color rojo encendido que portaban cajas y bolsas de cuero sobre sus lomos.

—¿Y qué nos ofrecen los Orcos además de buenas promesas?—dijo el Héroe Minosio—.

—La Gran Horda os ofrece esto —Y rebuscando entre los paquetes de una de sus extrañas monturas comenzó a lanzar comida a los hambrientos soldados dispersos por el campamento— y esto también —y abriendo una enorme caja ofreció a los sorprendidos minotauros piezas de armas de asedio— de manufactura Orca y de probada eficacia en la guerra.

—¿Y de qué nos sirve todo esto? —replicó otro minotauro sin dejar de devorar un enorme queso que le había lanzado el Orco—. Los Engendros y los Servidores campan a sus anchas por el sur, nosotros solos no podemos enfrentarnos a ellos, y esas armas de asedio no nos sirven para nada.

—La Gran Horda avanza hacia el sur. Hemos conquistado el Imperio Servidor en el norte y en estos momentos nos disponemos a lanzar el ataque definitivo contra los rebeldes y los traidores. Vuestra ciudad Nia se encuentra bajo asedio por nuestras tropas, la fortaleza Engendra de Tauron también esta bajo asedio. Hay un ejército Orco que se encuentra a dos jornadas de estas ruinas entre las colinas ahí al norte —dijo

señalando un lugar indeterminado entre la oscuridad—. No todo está perdido como pensáis.

Los minotauros se miraron entre ellos con evidente sorpresa. Desconocían toda esta información que les estaba facilitando el Orco. Según sus noticias los Orcos se encontraban muy lejos al norte, y ahora les decía que Nía estaba siendo asedidada por la Horda. Nía se encontraba a una jornada de Drakon, y eso significaba que los Orcos se encontraban más cerca de la capital minotauro que ellos mismos. Ninguno se explicaba cómo podían ser ciertas estas increíbles noticias. Muchos miraron hacia el norte con esperanza —¿Es cierto que hay un ejército Orco en esas colinas?.

—Tan cierto como que yo estoy aquí. —Replicó el explorador cojo—.

—¿Cómo pretendes que nos creamos esta sarta de embustes? —replicó indignado otro Héroe minotauro—. El sur hierve de Engendros y Servidores ¿y tú vienes a decirnos que están acabados?.

—No sólo he venido a decirnos cómo están las cosas, he venido a mostraros cómo serán. —levantó la cabeza hacia el sol que ya se ponía en el horizonte—. Con la oscuridad las energías de la magia Orca, poderosa y ancestral, os demostrarán que yo digo la verdad.

Y no había acabado de decir estas palabras cuando un sordo rugido pareció ascender desde las entrañas de la tierra. Poco a poco todo comenzó a estremecerse bajo sus pies y algunos minotauros cayeron al suelo al perder el equilibrio. Los muros debilitados por la guerra y el tiempo se desmoronaron a su alrededor y a los lejos un fragor ensordecedor se elevó al cielo. Todos miraron al Orco con el espanto dibujado en sus ojos y el vello de su piel erizado, los minotauros no se encontraban cómodos ante la magia, sin embargo el explorador ni siquiera había pestañeado durante el tiempo que duró el prodigio.

—En estos momentos un terremoto ha sacudido la capital de los Engendros y el puente de piedra que la une al continente ha caído. Engendrion está aislada y todas las tropas en su interior atrapadas. —Diciendo esto el Orco levantó los brazos hacia el cielo y comenzó a gritar: ¡VENID A MI HIJOS DE LA OSCURIDAD!, y diciendo esto el suelo comenzó a agrietarse y a derrumbarse en torno a ellos. Y de las grietas comenzaron a surgir unas espantosas criaturas, los muertos en antiguas batallas regresaban a la vida llamados por una poderosa magia nigromática. Los minotauros totalmente aterrorizados ante el poder que se desplegaba ante ellos alzaron las espadas para defenderse, pero las legiones de no-muertos no hicieron nada, se limitaron a esperar tras el Orco quien levantando su espada gritó a los minotauros:

—La Gran Horda no sólo trae sus ejércitos al sur, también invoca a los guerreros muertos en el pasado para aplastar a nuestros enemigos. ¡Minotauros! ¡seguidme a la batalla... seguidme a la victoria!.

Y todos los minotauros viendo renacer sus esperanzas alzaron sus puños al aire y gritaron con odio: ¡A la batalla, a la victoria! ¡¡¡A LA BATALLA, A LA VICTORIA!!!.